

La chaqueta roja

Raquel Escribano

Image not found.

Capítulo 1

La chaqueta roja

Era el séptimo día que se quedaba parada frente al escaparate.

El primer día se había contenido, por los pelos. El tercero, tras reconocerla, la dependienta se había acercado a la puerta con una sonrisa de dientes blancos y la había invitado a entrar con un acento de plástico y modales impostados. Sin compromiso, había dicho, aunque seguro que había algo que le gustaba. Al cuarto día había estado a punto de hacerlo, pero le seguía doliendo la cabeza del balonazo que, intencionadamente o no, le habían propinado en un descanso. No podía demostrarlo, claro, pero su instinto le decía que no había sido un accidente. Al quinto, la encargada le había dedicado una mirada extraña a través de la reluciente cristalera. Sin duda puesta en antecedentes por la universitaria rubia a la que por mucho que presumiese de mimar, no se le pagaba lo suficiente.

Para una persona normal siete días eran muchos días, pero para ella solo era un número incompleto; una medida insignificante. Maddie tenía la regla de los diez. Tenían que pasar diez días con sus diez noches desde que viese algo hasta que lo consiguiese. No antes, casi nunca después. Diez días. Ese era el trato al que había llegado consigo misma tras muchos quebraderos de cabeza. Diez días eran la distancia estricta y milimétrica que separaba el "lo quiero" del "lo tengo". Sin discusión ni puertas traseras. No obstante, seguir las reglas no era algo que se le diese especialmente bien a Maddie, ni tan siquiera cuando dichas reglas las había tenido que dictar y aprobar por sí misma.

Ahora, tras siete días de mediocre espera y media hora parada frente al escaparate, veía cómo la joven dependienta dejaba escapar otro gesto de desdén al comprobar, una vez más, que seguía allí. Media hora era una fracción de tiempo simple e ínfima. Apenas treinta movimientos de manecilla, pero para la dependienta, que ya no sabía qué prendas retocar, parecía ser una eternidad encapsulada. No por primera vez, Maddie veía cómo dudaba entre acercarse a la puerta y preguntarle si se encontraba bien, o coger el bonito terminal que guardaban bajo el mostrador y llamar a la policía. Nunca se decidía por una o por otra, al igual que Maddie tampoco se decidía entre entrar a la tienda o marcharse. Así que la dependienta se limitaba a dejar que los minutos se amontonasen y a que fuera la encargada la que tomase la decisión llegado el momento. Al fin y al cabo, no le pagaban lo suficiente como para justificar la iniciativa y la toma de decisiones de forma independiente. La encargada por su parte

tampoco sabía qué hacer. Por un lado, Maddie encarnaba a la clase de clienta a la que había que servirle champán y trufas mientras se probaba vestidos; por otro, era la clase de persona a la que la policía tenía fichada y llamaba con un apodo gracioso. Así que no hacían nada. Jefa y subordinada atendían a las clientas con sonrisa en mano, fingiendo que no pasaba nada, y Maddie contemplaba hasta que se cansaba.

Empezaba a cansarse. Unos terribles calambres empezaban a sacudir sus pantorrillas y a hacerla temblar (nunca es buena idea llevar durante más de ocho horas tacones de aguja, por muy fabulosos que fueran los botines), los hombros le protestaban por cargar con una mochila roída y mugrienta (que por mucho que se burlasen de ella no pensaba cambiar), y los párpados le pesaban toneladas enteras (a pesar de que se había dormido en todas y cada una de sus clases). En un día normal este sería el momento en el que Maddie apartaría la vista del cristal, se alejaría del escaparate y esperaría a que llegase el octavo día, pero hoy no era un día normal. O al menos, para ella no lo estaba siendo. De hecho, estaba siendo nefasto, y eso que el reloj apenas marcaba unos minutos pasadas las tres de la tarde.

En las pocas horas que había andado el día había conseguido que todos sus profesores le echasen en cara su falta de atención, una conversación nada apacible con su tutora, y que alguien le diese un codazo en mitad de un pasillo casi vacío. Se le había roto su pulsera favorita al quedársele enganchada en el tirador de una puerta, el tinte naranja que llevaba en las puntas del pelo se le estaba destiñendo sobre su cazadora favorita y esa mañana había escuchado muchos, demasiados ruidos provenientes del cuarto de su madre y su novio. Y, por si eso no fuera poco, esa mañana había recibido una nueva postal de su padre. Necesitaba un respiro. Y esa chaqueta de cuero rojo y remaches en plata era lo más parecido que tenía a uno.

Miró la hora en la esfera rajada de su reloj de pulsera. Las tres y catorce minutos.

Inspeccionó la tienda y contó con los dedos las personas que la habían visto. No eran muchas; la dependienta, una clienta que se había tropezado con su mirada al ir a buscar un nuevo jersey de cachemira, un par de amigas que se lanzaban miradas consternadas desde la sección de complementos, y la encargada. Una cifra no especialmente deseable, pero manejable.

No debería, pero...

Las tres y catorce minutos.

Maddie suspiró y hundió los hombros, rendida.

—Solo será un segundo —musitó.

Un segundo no es nada, por supuesto. Un segundo es una porción mísera, apenas un grano de arena en el desierto del tiempo. Un segundo tiene tan poco valor como los cachivaches que cuelgan de un llavero. La gente los desperdiciaba a diario, como si fueran monedas de céntimo colándose por los agujeros del bolsillo de algún abrigo olvidado. No obstante, lo que la gente no sabía, era la cantidad de cosas variopintas que se podían esconder en un segundo. Se podría fabricar una lista interminable de las cosas que podrían cambiar en ese espacio de tiempo, y aún quedaría espacio para alguna más.

Las tres y quince.

Con la mirada clavada en los ojos azules de la muñequita impresa en la esfera de su reloj, Maddie esperó a que ésta aceptase su juego. Cerró los ojos al notar cómo un escalofrío le recorría la columna. Al levantar la vista, las clientas de la tienda estaban congeladas en mitad de una conversación, la dependienta se recreaba doblando una prenda y la encargada se quedaba a un paso de internarse en el almacén para buscar una talla menos (casi nunca le pedían una talla más).

Las campanitas de la puerta tintinearón una melodía dulce cuando la puerta se abrió y se cerró tras ella, pero nadie se dio la vuelta para darle la bienvenida y preguntarle qué deseaba o en qué podían ayudarle. Era mucho mejor así. Maddie prefería buscar y husmear por su cuenta, acariciar la ropa y saltar de estante en estante sin que tuviera detrás a alguien controlando cada movimiento que hacía. Entró en la tienda taconeando, se desprendió de la cazadora llena de manchas de tinte (no iba a volver a comprar tinte de pelo en una gasolinera, por mucho que estuviese de oferta) y la tiró sobre la máquina registradora.

La tienda no era gran cosa, no había nada en ella que la hiciese destacar sobre el larguísimo collar de escaparates y dulces que perlaba la calle, ni tan siquiera la curiosa disposición en la que habían ordenado los mostradores y los estantes; colocando las piezas de ropa de tal forma que siguiesen los colores del arcoíris. Casi podía ver a la encargada anunciando triunfal su gran idea para promover la nueva temporada de primavera-verano, y a la joven dependienta pasando la noche previa a un examen importante organizando un caos de colores. Después de todo, no le pagaban lo suficiente para decir que no.

El sistema de colores era innovador, eso no se lo iba a quitar, y llamativo, y para su escasa fortuna, ayudaba bastante cuando buscabas algo en concreto. La sección de los rojos estaba acotada en una esquina de la tienda, junto a un ventanal que dejaba entrar una luz estupenda y las

miradas hambrientas y envidiosas de todos los que no se pudiesen permitir ni el abrir la puerta. Y la chaqueta roja reinaba por encima de todas las camisetas, vestidos y faldas de su estantería como la prenda estrella de la temporada.

Maddie corrió hacia ella y buscó su talla. Se la probó y admiró la suavidad del cuero, la consistencia de los hombros y se maravilló ante el número de cremalleras inservibles que le habían cosido. Paseó por la tienda con ella puesta, desfiló frente al espejo y decidió que, a pesar de tener en casa unos bonitos pantalones negros con los que combinar la chaqueta, no tenía nada que *justificase* la chaqueta. Así pues, no le quedó más remedio que revolotear por el resto de la tienda en busca de algún otro tesoro perdido.

Serpenteó entre las clientas congeladas y juzgó la falda que una de ellas estaba a punto de coger y el collar de perlas que la otra le enseñaba. Demasiado ostentoso. Su madre sospecharía (aún más). Trotó por la sección de azules (nunca se tenían suficientes cosas azules) y sopesó un top que solo podría ponerse en noches en las que nadie conocía su nombre. Trotó por la sección de los amarillos, y se deleitó con la cantidad de pendientes, pulseras y collares que podría llevarse de la zona de joyería. Intentó probarse un anillo engarzado con una piedra de extraños reflejos verdes, pero como tenía los dedos inflamados a casusa del puñetazo de esa mañana, no terminó de encajarle. Tampoco pudo sacárselo. Rellenó el hueco del anillo redistribuyendo el resto y se alejó de la vitrina con paso lento.

Después de una inspección minuciosa, de borrar sus huellas y de escoger una blusa con pedrería, un vestido veraniego, unos pendientes de brillantes, unas gafas de sol, el top azul, la chaqueta roja y unas sandalias de tacón, se acercó al mostrador con cuidado de no molestar a la dependienta. Depositó la ropa con cuidado y recuperó su vieja cazadora.

Mientras se la ponía inspeccionó a la dependienta, intentando averiguar qué clase de persona había debajo de aquella capa de maquillaje cuarteado, camisas blancas, corbatas negras y moños tirantes. No parecía mucho mayor que ella, dos, tres años como mucho. Podía verla trastabillando en los pasillos de la universidad, nerviosa por entregar el trabajo que la había mantenido toda la noche despierta. Sentándose en la última bancada porque todavía no sabía con quién juntarse en esa asignatura. Pero sí que se la *veía* mayor.

Quizá fuese porque trabajaba en un comercio elitista en el que la corbata y los zapatos de salón eran parte de la ropa de trabajo. O por la colonia dulzona que se había puesto esa mañana (seguro que como parte de su uniforme de trabajo), como de flores pudriéndose al sol de verano y que solo usaban las mujeres de sesenta años para arriba. O porque se leía la preocupación en las suaves arrugas que empezaban a marcársele en la

frente. Seguro que meses atrás no estaban ahí. Le estaba pasando como a su madre: cuando las cosas comienzan a complicarse, empiezas a marchitarte. Era por eso por lo que Maddie no se permitía preocuparse.

Pasó una a una toda la ropa por el pequeño aparatito que soltaba las alarmas, dobló minuciosamente cada pieza y las metió a presión en la mochila. La dependienta parecía burlarse de ella mientras intentaba cerrar la cremallera.

—¿Y tú qué miras? —la increpó Maddie. —Esta noche vas a volver a cenar sopa de sobre. Sola.

No hubo respuesta.

Salió de la tienda más satisfecha de lo que lo hubo hecho al entrar y, consciente de que a la gente no solía gustarle que apareciera (o desapareciera) de un segundo a otro, se plantó delante del escaparate, justo donde había estado hacía un momento. Adoptó la misma postura: hombros caídos, mochila colgando como un peso muerto, parpados caídos y ese leve gesto de estar a punto de acunar a sus pobres nudillos pelados. Una réplica exacta de sí misma.

Las clientas recuperaron la cháchara, la encargada desapareció tras la pesada puerta del almacén y la dependienta, tras terminar de doblar la prenda, le dedicó un gesto cansado al ver que seguía ahí parada. Pequeñito, por supuesto. En un lugar como aquel, y mucho menos en horario laboral, no se toleraba nada que no fuese una sonrisa sincera y el más elevado espíritu de servilismo y complacencia. Si su jefa la hubiese visto la habría escondido en el almacén ordenando cajas indefinidamente. Por suerte, la chica era tan escurridiza como eficiente doblando blusas. No obstante, no había nadie más escurridizo que Maddie. Le guiñó el ojo antes de darse la vuelta y marcharse taconeando sobre el empedrado. No la volvería a ver.

Eran las tres y quince.